

“ LA E SPIRITUALIDAD DEL V ER ”



El momento que abre la Revisión de Vida es sin duda el **VER**, la experiencia vivida y compartida en comunidad. Importa elegir bien las experiencias que se revisan para no quedarse en la anécdota intrascendente que oculta lo más significativo y comprometedor.

Y queremos que el nuestro sea un **VER** cualificado por la fe, un ver con compasión a la manera de Jesús, que ayudará a superar miradas demasiado individualistas, replegadas sobre intereses legítimos pero sin apertura hacia el ancho mundo de los otros. La confrontación con los otros nos permite vernos y entendernos mejor. La mirada se convierte en ceguera cuando se opta por no mirar más lejos y más profundo.

Hoy se requiere con mayor urgencia una mirada como miraba **JESÚS**, situándose ante su realidad: *“al ver la muchedumbre sintió compasión...”* (Mc. 6, 34; Mt. 9, 36).

Una mirada compasiva que permite una sintonía más profunda, afina la vista y el oído, hace llegar hasta el fondo más humano de las situaciones y de los comportamientos.

Una mirada compasiva, como la de Jesús, que se orienta hacia los más pobres y marginados.

- El texto de este pliego central corresponde al capítulo VII del libro *“Revisión de Vida y Seguimiento de Jesús”*, editado por Ediciones HOAC



LUIS FERNANDO CRESPO

LUIS FERNANDO CRESPO, sacerdote diocesano, nació en Palencia en 1934 y trabaja en el Perú desde 1964. Licenciado en Filosofía y Teología en la Universidad Pontificia de Comillas. Es asesor de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC) y profesor de teología en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en el Seminario de la diócesis de Chosica (Perú). Colabora como Vicario parroquial en una parroquia de la misma diócesis. Ha publicado *“Vocación cristiana y tarea de los jóvenes”* (Lima, CEP, 1986) y *“Misión de Jesús y liderazgo juvenil”* (Lima, CEP, 1988)

Hemos definido la Revisión de Vida como un camino comunitario de espiritualidad centrada en la conversión al seguimiento de Jesús desde lo cotidiano de nuestro compromiso y desde el conjunto de nuestras vidas. Su fundamento lo descubrimos en la actividad evangelizadora del mismo Jesús que convoca a los discípulos para que vivan comunitariamente en torno a Él, siguiendo las huellas de su práctica histórica, tomándole responsablemente como referencia absoluta en su acercamiento a las personas, especialmente a los que sufren y a los pecadores, en la proclamación de la cercanía del Reino de Dios como actuación presente de su voluntad salvífica, y en su acción que sana, libera y da esperanza.

Jesús mismo quiso que la posibilidad de esta experiencia se prolongara en la historia, prometiendo su presencia entre quienes decidan reunirse en su nombre: «**Porque donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos**» (Mt. 18, 20), y realizándola a través de los tiempos por la donación de su Espíritu que convierte a los discípulos en testigos para todo lugar y tiempo.

La espiritualidad de la Revisión de Vida no es otra que ese dejarse llevar por el Espíritu en el camino del seguimiento de Jesús, para VER, JUZGAR y ACTUAR de la manera que Él enseñó con sus palabras y con su vida a los discípulos que convocó.

Nos toca ahora desarrollar más ampliamente algunas peculiaridades de cada uno de los momentos de lo que en realidad constituye la experiencia unitaria de la Revisión de Vida.

Nuestro primer contacto con la realidad y el inicio de nuestros encuentros con las personas acaecen generalmente en el ámbito de la experiencia humana que llamamos «**ver**». La manera de ver y de mirar a las personas, a las cosas o a los acontecimientos influye mucho en el modo como nos situamos y reaccionamos ante los mismos. Una mirada inicial indiferente o con simpatía, distante o interesada, anticipa ya actitudes futuras de indiferencia o de solidaridad.

También la vida pública de Jesús se inaugura con una toma de contacto con las personas y las situaciones de su tiempo. Los evangelistas al relatarlo resaltan su iniciativa de ver como primera forma de acercamiento: «**Bordeando el mar de Galilea vio a Simón y a Andrés hermano de Simón, largando las redes en el mar, pues eran pescadores...**» (Mc. 1, 16). Su mirada inicial los convierte en discípulos. Significativamente el último milagro reseñado por los tres Evangelios sinópticos, previo a la entrada en Jerusalén, tiene como objeto la curación de dos ciegos -uno en Marcos y Lucas-. A la pregunta de Jesús, aparentemente obvia, «**¿qué queréis que os haga?**», ellos responden con convicción «**Señor, que se abran nuestros ojos!**». La escena termina así: «**Movido a compasión Jesús tocó sus ojos y al instante recobraron la vista. Y le siguieron**» (Mt. 20, 29-34). La actividad mesiánica de hacer que los ciegos vean (cfr. Lc. 4, 18) equivale a colocar a las personas en el camino del seguimiento y del discipulado. Como síntesis de ambas perspectivas, para

expresar la experiencia pascual de las apariciones, reencuentro de los discípulos con el Crucificado, ahora Resucitado, se utiliza un término preciso «**ophthé**», «**se hizo ver**», apuntado que la iniciativa del encuentro pascual no viene de los discípulos sino del mismo Jesús. Ver a Jesús y ver como Él, experiencia fundamental de los discípulos de ayer y de hoy, es obra y gracia del mismo Señor.

Los Evangelios subrayan también la peculiar manera ver de Jesús, fijándose y mirando «**con compasión**», con ojos de solidaridad, implicándose él mismo en la realidad percibida, haciéndola suya, comprometiendo su persona y su misión en una respuesta salvífica y liberadora. Esta manera de ver, fijándose y comprometiéndose para salvar, configurará el mirar de los primeros discípulos (por ejemplo, Hech. 3, 1-10) y constituye también una referencia necesaria para nuestra propia vocación y dinámica discipular.

Una inserción cristiana en la trama histórica sufriente y expectante de nuestros pueblos exige una manera de verla y de situarse en ella. Pero ya desde este primer momento hay que advertir también sobre el riesgo posible de la indiferencia, de una cierta ceguera espiritual.

«OJO MALO» Y BONDAD DE DIOS

La parábola de los obreros que, contratados por un denario para ir a trabajar en la viña, al final del trabajo protestan y murmuran contra el amo al ver que a los últimos en llegar se les retribuye también un denario, concluye con las palabras del propietario, que expresan el reproche de Dios mismo: «**¿Va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?**» (Mt. 20, 15). Está claro: la cuestión no es simplemente ver la realidad, sino cómo se ve. El criterio de referencia es la bondad de Dios. Ver de otro modo es hacerlo con «**ojo malo**».

Dios, que es bueno, que es amor, lo ve todo con bondad y con amor. Ve el mundo, toda la realidad, como obras de sus manos; y a las personas como imagen suya. Ante el grandioso espectáculo del universo recién creado, cielos, tierra, mares, plantas y animales comenta repetidamente el Génesis: «**Y vio Dios que estaba bien**» (Gn. 1, 4.10.12.18.21.25). Y al contemplar al hombre y a la mujer, creados «**a imagen nuestra, según nuestra semejanza**», disfrutando del mundo, sirviéndose de todo cuanto Dios



había hecho como «alimento» para crecer y humanizarse, estalla en un «vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien» (Gn. 1, 31). El mundo para los seres humanos y estos disfrutando y realizándose armónicamente en el mundo: a Dios le parece «muy bien». Cuando la realidad es otra, algunos o muchos desposeídos de lo que había regalado como alimento para todos, Dios no puede dejar de verlo mal, «muy mal».

Dios, que es bueno, no puede mirar con indiferencia distante, la frustración de la vida humana que Él creó con amor como despliegue y comunicación de su bondad. Ante la opresión y humillación del pueblo de Israel a manos de los egipcios reacciona así: «Dijo Yahvé: Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado... pues ya conozco sus sufrimientos... el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen» (Ex. 3, 7.9). Dios ve y escucha la aflicción de su pueblo y «la opresión con que los egipcios los oprimen». Se trata de un ver apasionado y lúcido a la vez, no distante, pretendidamente neutral, apático, sino conmovido por el sufrimiento y comprometido con su liberación. Eso le permite llamar a las cosas por su nombre, sin eufemismos encubridores, y señalar con claridad a los responsables históricos de esa situación: «La opresión con que los egipcios los oprimen». Es un Dios que ve la realidad con amor, desde la Alianza: «La aflicción de mi pueblo» (v. 7), «he recordado mi Alianza» (6, 5), comprometiéndose en su liberación y en el establecimiento de un vínculo más estrecho que le identifica como «vuestro Dios»: «Yo... os libraré de la esclavitud... y os salvaré... Yo os haré mi pueblo y seré vuestro Dios...» (Ex. 6, 6-7).

Ver con compasión y solidaridad, comprometiéndose en la liberación de los oprimidos, lo identifica como Dios: «Sabéis que Yo soy Yahvé, vuestro Dios» (6, 7). No como los falsos dioses que no ven, ni oyen, ni salvan: «Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no ven...» (Sal. 115, 5-6). Ésa es la diferencia esencial: Yahvé ve y libera, los dioses falsos no tienen ojos para ver y no pueden salvar. Así serán sus servidores: «Nada ven, nada saben y por eso quedarán abochornados» (Is. 44, 9). Hacer de la fe pretexto para tomar distancia y evadir la realidad es desviarla hacia una falsa concepción de Dios.

El misterio del Dios trascendente de la Biblia no implica lejanía; más bien se revela acercándose y volviéndose hacia el clamor del afligido. El salmo

102 encuentra en esa actitud condescendiente de Dios un motivo fundamental de alabanza: «Qué Yahvé se ha inclinado desde su altura santa, desde los cielos ha mirado la tierra para oír y liberar al cautivo». Su «mirar» compasivo es su forma de ser: «Clemente y compasivo Yahvé, tardo a la cólera y lleno de amor» (Sal. 103, 8).

Mirar con amor crea lazos. El mirar Dios «desde altura» con amor «a la tierra» no es pasajero. Le ha dado una manera de ver y de ser nueva, «encarnada»: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14). La Palabra eterna a través de la cual Dios creó toda la realidad -«y dijo Dios...»- se ha convertido en presencia encarnada, pendiente, desde dentro de ella, de la realidad humana. Encarnación que tiene como sentido inspirador el amor: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Jn. 3, 16). Por la encarnación Dios siente el mundo, el sufrimiento de los pobres y afligidos en su propia carne. El Verbo encarnado es el Verbo solidario con la historia concreta de la humanidad. Ve y escucha el clamor de los sufrientes y la esperanza de los esperanzados desde dentro de la historia y como parte de ella misma.

Un auténtico VER creyente supone y conduce a una inserción cada día más intensa, «encarnada», en la vida de los pobres, reclama opciones que van haciéndose carne, acercamientos y compromisos menos episódicos, capaces de crear lazos estables de solidaridad y de amistad. No es suficiente ver la realidad del prójimo con los ojos del que sabe porque se ha informado, o mirar como quien desde arriba se asoma al mundo del pobre por momentos, como de visita. La perspectiva abierta por la encarnación -«plantó su tienda en medio de nosotros»- es clave para un ver cristiano, solidario, desde dentro, con amor, como quien siente en la propia carne como suyos los sufrimientos y las esperanzas del pueblo pobre.

El primer párrafo de *Gaudium et Spes* expresa bien el fundamento de una mirada creyente y solidaria que está en la base de la Revisión de Vida: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia».



LOS EVANGELIOS SUBRAYAN LA PECULIAR MANERA VER DE JESÚS, FIJÁNDOSE Y MIRANDO «CON COMPASIÓN», CON OJOS DE SOLIDARIDAD, IMPLICÁNDOSE ÉL MISMO EN LA REALIDAD PERCIBIDA, HABIÉNDOLA SUYA, COMPROMETIENDO SU PERSONA Y SU MISIÓN EN UNA RESPUESTA SALVÍFICA Y LIBERADORA.

Ver la realidad humana como Dios la ve es tomar el punto de vista de Dios. Lo que quiere decir que un ver «**encarnado**» implica simultáneamente un ver «**contemplativo**». Desde Cristo estas dos dimensiones, aparentemente, opuestas son inseparables y se reclaman la una a la otra.

Volvamos a la historia del Éxodo. Moisés, a pesar de que había crecido alejado de su pueblo, conservaba dentro de sí un interés por la suerte de los suyos. «**Cuando ya fue mayor, fue a visitar a sus hermanos y comprobó sus penosos trabajos; vio también cómo un egipcio golpeaba a un hebreo...**» (Ex. 2, 11). Tras una primera reacción de solidaridad, se dejó llevar por el miedo y huyó (Ex. 2, 15). Un buen día Dios se le hace presente bajo la apariencia de una zarza ardiendo sin consumirse y Moisés se interesó: «**Voy a contemplar este extraño caso...**». Se produce un curioso intercambio de miradas: «**Cuando vio Yahvé que Moisés se acercaba para mirar, le llamó...: °Moisés, Moisés!**». Pero éste tuvo miedo de ver a Dios: «**Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios**» (Ex. 3, 1-6). No obstante el Dios que «**ha visto la aflicción de su pueblo**» envía a Moisés para que se enraíce de nuevo y «**saques a mi pueblo de Egipto**» (Ex. 3, 10). La difícil fidelidad al camino largo y arduo de la liberación despierta en Moisés la necesidad urgente y profunda de experimentar la cercanía inmediata de Dios. El que habla ahora ya no es el Moisés huidizo, calculador, del comienzo, sino una nueva persona que él mismo ha descubierto en la solidaridad con su pueblo. «**¿En qué podrá conocerse que he hallado gracia a tus ojos, yo y tu pueblo, sino en eso, en que Tú marches con nosotros? Así nos distinguiremos, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que hay sobre la tierra**» (Ex. 33, 16). Ahora sí, desde su nueva identidad -«yo y tu pueblo»- basada en una experiencia de solidaridad largamente probada, Moisés ya no teme ver a Dios, sino lo anhela profundamente y se atreve a rogar: «**Déjame ver, por favor, tu gloria**» (Ex. 33, 18). La respuesta condescendiente de Dios conjuga sabiamente el celo por el misterio y su autorrevelación como bondad, gracia y misericordia: «**Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé...**» (Ex. 33, 19). Pero no olvidemos que esta singular experiencia de ver a Dios -un poco antes se había expresado la mutua comunicación entre ellos de manera muy hermosa: «**Yahvé hablaba con Moisés cara a cara como un hombre con su amigo. Luego volvía Moisés al campamento**» (Ex. 33, 11)- tiene lugar en el contexto y en función del camino de liberación emprendido por el pueblo y por Moisés con él: «**Ahora, pues si realmente he hallado gracia a tus ojos, hazme saber tu camino, para que te conozca y halle gracia a tus ojos, y mira que esta gente es tu pueblo**» (Ex. 33, 13).

Es posible apuntar una relación singular, circular podríamos llamarla, entre el modo como Dios ve con amor la historia que le lleva a comprometerse y encarnarse en ella para liberar y salvar, y la práctica humana de liberación, en la que desde la solidaridad y el compromiso brota el anhelo de ver a Dios. Relación que puede mostrar en cada caso procesos distintos, pero siempre para mutuo enriquecimiento. Ver como Dios ve y actuar como Él actúa supone

contemplar a Dios. La contemplación de Dios, por otra parte, lleva a una inserción liberadora en la vida de los pobres por los que Dios mira incesantemente con bondad y solicitud. Es lo que queremos expresar más adelante al decir que el VER de la Revisión de Vida es simultáneamente militante y creyente, inspirado en la solidaridad y en la fe, exigiendo inserción y compromiso en la vida del pueblo y en los acontecimientos, a la vez que contemplación de Dios y meditación de su palabra. La perspectiva propia de un VER cristiano es la de la encarnación, la de quien sigue a la Palabra hecha carne.

Lo contrario a ver como Dios ve es ver con «**ojo malo**». El viñador aquel de la parábola mira desde su egoísmo, incapaz de tomar el punto de vista del otro y de su necesidad de recibir un salario justo para comer. En vez de solidaridad siente indignación porque a los «**últimos**» les han pagado «**como a nosotros**». El «**ojo malo**» petrifica a los demás, reduce la persona del otro a cosa, aislándola de sus necesidades subjetivas; mira sin corazón y por lo tanto sin «**compasión**», que es el rasgo propio del mirar de Dios. El «**ojo malo**» corresponde al «**corazón de piedra**» (Ez. 36, 26): se petrifica él mismo y termina por no ser capaz de ver; pasa junto a los acontecimientos sin inmutarse, indiferente, sin sentirse para nada concernido. Es verdadera ceguera espiritual. Para ellos valen las palabras descalificadoras del Señor: «**Si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, °qué oscuridad habrá!**» (Mt. 6, 23; Lc. 11, 34-35). En Lucas el texto está situado en el contexto de los que no saben interpretar las obras buenas de Jesús en favor de los pobres como signos del Reino (Lc. 11, 14-16.20.29-32). Por eso su ojo está malo y son realmente ciegos.

Un último alcance: no sólo se trata de ver como Dios ve, sino de VERse a sí mismos como Dios nos ve. En este momento de la Revisión de Vida nos encontramos ante el mayor y más decisivo desafío espiritual: atreverse a acoger la mirada de Dios, «**que escruta los riñones y el corazón**» (Jer. 11, 20). Ante Él no cabe el disimulo ni la ficción, siempre posible ante los demás e incluso ante uno mismo. Él conoce lo más hondo de nuestros movimientos y pensamientos: «**Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto, mi pensamiento calas desde lejos**» (Sal. 139, 2). Para Él no están ocultas ni nuestras intenciones, ni nuestras necesidades. Por eso es posible situarse con confianza plena bajo su mirada bondadosa. Al Dios que «**escruta los riñones y el corazón**» Jesús le presenta como «**tu Padre ve que en lo secreto**» (Mt. 6, 4.6).

Verse uno a sí mismo y ver a los demás con los ojos del Padre es la clave espiritual de este momento.

EL MIRAR DE JESÚS

Uno de los aspectos de la sensibilidad de Jesús, reseñado con mayor atención por los evangelistas, es el de su mirada.

Ve a las personas no de manera neutra o impersonal. Su mirada crea o restablece un vínculo de re-

NO ES SUFICIENTE VER LA REALIDAD DEL PRÓJIMO CON LOS OJOS DEL QUE SABE PORQUE SE HA INFORMADO, O MIRAR COMO QUIEN DESDE ARRIBA SE ASOMA AL MUNDO DEL POBRE POR MOMENTOS, COMO DE VISITA. LA PERSPECTIVA ABIERTA POR LA ENCARNACIÓN -«PLANTÓ SU TIENDA EN MEDIO DE NOSOTROS»- ES CLAVE PARA UN VER CRISTIANO.



lación y amistad. Es una mirada convocadora: «Vio a Simón y Andrés... les dijo: Venid conmigo... Poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan... y los llamó» (Mc. 1, 16-20). En el relato de Juan, Él ve a los discípulos que le siguen y les invita a que ellos también lo vean y se mantengan en relación con Él: «Jesús se vuelve y al ver que le siguen... les respondió: Venid y lo veréis. Fueron, pues, vieron donde vivía y se quedaron con Él» (Jn. 1, 38-39).

El ver de Jesús tiene una dimensión de profundidad, descubre lo más hondo -lo mejor o lo peor- de las personas. Con su mirada da inicio a un diálogo que sitúa a las personas ante su más profunda verdad y les abre a caminos y horizontes insospechados. Es significativo el diálogo que Jesús entabla con Natanael al verlo aproximarse (Jn. 1, 47-51): «Vio Jesús que acercaba Natanael y dijo de él: Ahí tenéis a un israelita de verdad en quien no hay engaño». Sorprendido Natanael quiere saber de qué le conoce. Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Ante el reconocimiento creyente de Natanael: «Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel», Jesús interviene de nuevo y le promete: «Has de ver cosas mayores», tener una perspectiva nueva sobre la realidad: la del Reino de Dios que inaugura la venida del Hijo.

Otras veces la mirada de Jesús cobra especial intensidad para indicar una llamada de predilección y de exigencia, como en el encuentro con el joven rico:

«Fijando en él su mirada, le amó y le dijo: Sólo una cosa te falta...» (Mc. 10, 21). También en la relación con Pedro, la mirada de Jesús desempeña un papel muy importante. Al inicio, cuando se lo presentan, «Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas...» (Jn. 1, 42). Más tarde, después de la triple negación en casa del Sumo Sacerdote, «el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor... Y saliendo fuera, rompió a llorar amargamente» (Lc. 22, 1-62). La mirada atenta de Jesús, cargada siempre de amor y de misericordia, acompaña y alienta los procesos personales de los discípulos, su vocación, sus titubeos, sus temores, sus logros. Es mirada que acoge, compromete, invitando hacia horizontes de una fidelidad más amplia y generosa. Reclama a su vez ser correspondida libremente con una entrega confiada y consecuente. Pero hay un rasgo especialmente significativo de la manera como Jesús ve y se acerca a la realidad y a las situaciones que viven las personas. Los Evangelios subrayan la compasión con que Jesús mira y se interesa por las personas y los acontecimientos. Al inicio de su vida pública, ante el leproso suplicante, «Jesús, compadecido de él, extendió su mano, le tocó... y quedó limpio» (Mc. 1, 40). Al entrar en Naím se cruza con una mujer viuda que lleva a enterrar a su hijo único: «Al verla el Señor, tuvo compasión de ella y le dijo: No llores. Y acercándose tocó el féretro...» (Lc. 7, 13-14). Hasta los ciegos que no ven, saben de la compasión con que mira el sufrimiento humano. Por eso en una ocasión, cuando llegaba a Jericó, «un mendigo ciego... al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: °Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (Mc. 10, 47). La misma actitud de compasión suscita en Él su cercanía y conocimiento de la situación vivida por el pueblo, agobiado por su pobreza y abandonado por parte de los jefes: «Y al ver a la muchedumbre sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas sin pastor» (Mt. 9, 36).

Ver y sentir compasión significa algo más que una mera constatación de espectador, o incluso de estudioso, ante una determinada situación. Es un ver solidario y comprometedor. Supone hacerse parte y compartir, implicándose, sintiendo como propia la situación que afecta directamente a otros. No es lo mismo que sentir lástima, la cual podría experimentarse aún desde una cierta lejanía. «Compasión» es «padecer-con», «sentir-con»; expresa solidaridad profunda en el sufrimiento o en la alegría, y también participación responsable en la acción que esa determinada situación requiere. Ver y sentir compasión reclama disponibilidad para asumir responsabilidad y compromiso.

Actitud diametralmente distinta fue la de aquellos fariseos que en la sinagoga, viendo al «hombre que tenía la mano paralizada» y ante el desafío que Jesús lanza desde su solidaridad, «ellos callaban». Jesús los descalifica, increpándoles: «Mirádoles con ira, apenado por la dureza de su corazón»

(Mc. 3, 1-6). Duros de cabeza y de corazón, están cerrados, herméticos, como la piedra, impasibles. Con razón Ezequiel señala como acción del Espíritu -de espiritualidad estamos hablando- el «quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne» (Ez. 36, 26). Asumir la «carne» -que en la Biblia designa la sustancia común humana-, encarnarse, constituye la raíz espiritual de la solidaridad y del compromiso. Jesús, el Dios «encarnado», sólo podía ver y sentir compasión ante toda carne.

Mirar con actitud de compasión y solidaridad las personas, los acontecimientos y situaciones, le confiere a Jesús un ángulo peculiar de sensibilidad para captar la realidad y situarse en ella. Ante la mirada de Jesús sobresale lo que es pequeño e insignificante ante los demás: el mendigo ciego de Jericó, la pobre mujer viuda, desconsolada, de Naím, los leprosos despreciados que tenían que mantenerse alejados de la ciudad, la muchedumbre hambrienta, vejada y abatida, los niños sin importancia por su debilidad, los pecadores públicos... Jesús tiene ojos para todo y para todos. Más aún, ver la realidad desde la perspectiva del Reino de Dios, que Él anuncia como Buena Nueva para los pobres, le da una peculiar y más aguda -mas para los que se tenían por justos, escandalosamente- manera de ver y entender los acontecimientos; lo que resalta y le importa en primer lugar es el sufrimiento de los pobres y de los débiles, desde ellos mira y comprende los problemas de la totalidad. Percibe sus congojas, sus anhelos de vida, capta fácilmente su fe... Hay como una sintonía -eso es también la compasión- casi espontánea para ver toda la realidad desde los pobres.

Sus adversarios, los fariseos, escribas, bienpensantes, ven y analizan las cosas desde otra perspectiva y se escandalizan. «Al ver los escribas del partido de los fariseos que comía con publicanos y pecadores, decían a los discípulos: ¿Qué? ¿Es que come y bebe con publicanos y pecadores?» (Mc. 2, 16), y «estaban al acecho a ver si le curaba en sábado para poder acusarle» (Mc. 3, 2. Ver también 2, 6). No tienen ojos limpios para ver con misericordia la realidad del hombre que sufre. Retornando los términos de la parábola de los obreros contratados para trabajar en la viña, tienen «ojo malo», precisamente porque Jesús es «bueno». Sus intereses están en otra parte, por eso no ven lo que ve Jesús. Son realmente ciegos.

Pero la reacción de Jesús, manteniéndonos en el expresivo lenguaje de las miradas, es bien distinta

ante los que ven y actúan con solidaridad. A los que vienen cargando a un parálítico y lo descuelgan por el techo para que lo cure, Jesús les reconoce su fe: «Viendo la fe de ellos, dice al parálítico...» (Mc. 2, 5). En lo más hondo de la solidaridad activa para con el que sufre Jesús descubre, aun sin que ellos hayan articulado palabra, una actitud de auténtica fe, desencadenante de salvación y de vida.

CON OJOS DE DISCÍPULO

El ojo de discípulo es un ojo «convertido» a la manera de mirar de Jesús. La actitud creyente está presente en la Revisión de Vida desde el comienzo, desde el primer acercamiento -VER- consciente a la realidad o acontecimiento que se revisa.

La conocida parábola llamada del hijo pródigo (Lc. 15, 11-32) -se ha repetido muchas veces que sería mejor llamarla parábola del padre misericordioso y del hijo inmisericorde, ya que en la contraposición entre ambos se encuentra el núcleo de su enseñanza- puede aportarnos algunas pistas.

Jesús con esta parábola, pronunciada para justificar su propio proceder, responde a las críticas de quienes condenan su manera de acoger públicamente a los pecadores (Lc. 15, 1-3). Con finos matices dibuja en el padre de los dos hijos la actitud paternal, acogedora y misericordiosa, de Dios y de Él mismo, en contraste con la del hijo mayor, tan recto como inmisericorde. El padre, «estando el hijo todavía lejos, lo vio y conmovido corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente... porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida...». El hijo mayor, «cuando se acercó a la casa, oyó la música... se irritó y no quería entrar...». El padre, aún desde lejos, ve, se conmueve, reconoce, se apresura a restablecer una relación que redime y salva, hace volver a la vida. El hijo mayor, aunque físicamente cerca, se niega a entrar en la casa y a participar en la fiesta por el regreso de su hermano. El contraste vuelve a aparecer en la manera de referirse ambos, el padre y el hijo mayor, al pródigo arrepentido: «Ese hijo tuyo» lejano y despreciativo de quien mira desde arriba, con «ojo malo», juzga y condena, renegando de cualquier lazo que lo comprometa; y «este hijo mío», «este hermano tuyo» del padre que mira con amor y, por eso mismo, busca reconstruir vínculos de reconocimiento mutuo y de fraternidad para abrir nuevos cauces a la vida de cada persona.

EL OJO DEL DISCÍPULO HA DE SER DE SAMARITANO BUENO: TENER EL CORAJE DE VER, DEJÁNDOSE INTERPELAR Y CONMOVER POR LA FALTA DE VIDA, POR EL DESPRECIO DE LOS QUE ESTÁN MEDIO MUERTOS, POR TODOS LOS QUE NECESITAN CERCANÍA Y APOYO.



La mirada del hijo mayor, la de quien se encuentra satisfecho con cumplir **«te sirvo y jamás dejé de cumplir una orden tuya»**- es la del que se siente seguro de sí mismo, pero encerrado en su verdad, orgulloso y egoísta; desde su altura desautoriza y condena, sin acercarse para ver mejor y comprender. Es la actitud del que mira con **«ojo malo»**, con **«corazón de piedra»** y por eso petrifica a su hermano, lo fija, sin concederle la posibilidad de cambiar y convertirse. Para él es ya como muerto, como si no existiera. En su manera de ver, el otro, en cuanto tal, no cuenta. Riesgo de un mirar distante, pretendidamente científico y objetivo, pero finalmente reductor e inhumano. Es el mirar hoy de tantos, insolidarios, para quienes, quizás premunidos de ilustradas teorías, sólo cuenta su interés y seguridad. Los otros, la gran mayoría de los pobres y desposeídos, no cuentan, más bien estorban y constituyen un obstáculo para lograr que unos pocos disfruten tranquilamente de un mundo más moderno y exclusivo.

El padre de la parábola en quien Jesús se reconoce, nos enseña a mirar de otra manera. Ver para salvar y liberar. Ver para dar vida y reconocer la capacidad de vivir y de construir vida desde lo que parece muerte y no ser nada. Esta apertura para reconocer «la fuerza histórica de los pobres», la capacidad de crear vida desde la solidaridad de los últimos **«la fraternidad de los miserables»**, que decía Arguedas en su novela *Todas las sangres*- es auténtico VER de discípulo que compromete y libera.

El VER de la Revisión de Vida se asemeja también al aludido en la conocida parábola del buen Samaritano (Lc. 10, 29-37). También aquí se juega con una ilustrativa contraposición. El sacerdote y el levita sí **«ven»**. Pero su ver es, a lo sumo, una constatación indiferente y neutral que establece distancia: **«Al verle dio un rodeo»** Totalmente distinto el ver del samaritano, que **«al verle tuvo compasión; y acercándose...»**. Precisamente por eso se aproxima, fue prójimo y **«bueno»**. Al final de la parábola Jesús invita a hacer lo mismo.

Pero hay ojos que no ven. Con razón dice el refrán, expresión de sabiduría popular: **«No hay peor ciego que el que no quiere ver»**, y fácilmente todos nos buscamos -y encontramos- buenas razones o intereses para no querer ver una realidad que hiere, compromete y exige.

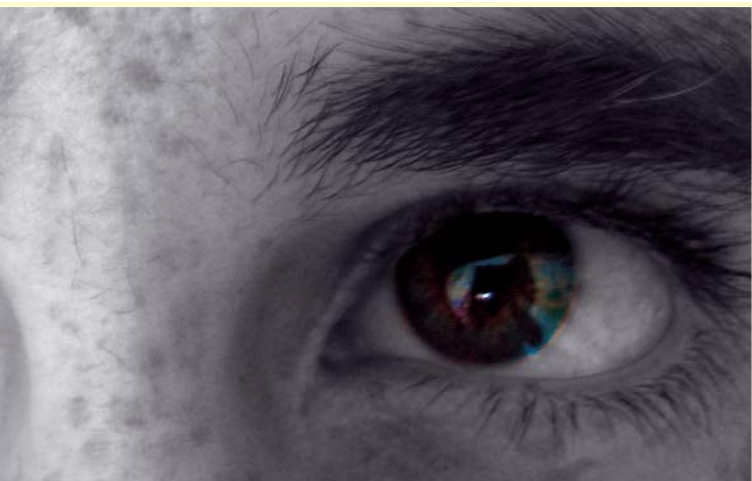
El ojo del discípulo ha de ser de samaritano bueno: tener el coraje de ver, dejándose interpelar y con-

mover por la falta de vida, por el desprecio de los que están medio muertos, por todos los que necesitan cercanía y apoyo. El ver del samaritano supone también análisis y lucidez sobre la situación y las necesidades reales para no reaccionar sólo con buenas intenciones, sino buscar sabiamente respuestas adecuadas y eficaces a cada situación.

La Revisión de Vida exige ir cualificando nuestra capacidad de ver y conocer la realidad. Si bien no se trata solamente de hacer un análisis sociológico y psicológico, la madurez en la fe exige que nuestra atención a la realidad vaya acompañada y enriquecida por los aportes de estas y otras ciencias humanas. Redundará en un mirada menos ingenua sobre las personas y los acontecimientos, sobre las causas y las repercusiones, que llevará a comprender más profundamente su complejidad y a actuar con mayor efectividad.

El VER de la Revisión de Vida está llamado a ser, además, un ver profético. En la Biblia con frecuencia se compara al profeta con un centinela, que desde su puesto tiene como misión adelantarse en su percepción de los acontecimientos y anunciarlos para bien de todo el pueblo. A Ezequiel se le dice: **«Hijo de hombre, yo te he puesto como centinela de la casa de Israel... para advertir al malvado... a fin de que viva»** (Ex. 3, 17-18). Habacuc también entiende así su misión: **«En mi puesto de guardia me pondré, me plantaré en mi muro y otearé para ver lo que él me dice, lo que responde a mi querella»** (Hab. 2, 1).

Ver lo que Él dice en cada tiempo y descubrir su cercanía es también la misión que se confía a los discípulos: **«Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que Él está cerca, a las puertas»** (Mc. 13, 29). De eso se trata en la Revisión de Vida: ver en los acontecimientos, los signos del Dios que se acerca, de su salvación; descubrir y poner de manifiesto en los hechos y en las situaciones que se revisan y en las actitudes y comportamientos de las personas, los indicios de acogida o de rechazo al proyecto de vida y de salvación que Dios ofrece. Una comunidad cristiana en actitud de revisión se convierte para sus miembros y para el medio en el que vive en una comunidad profética, que se pone a ver la realidad, desentrañando, y proclamando su significación -denuncia y anuncio-, desde una luz original y con una hondura inédita: la de quienes en la fe están atentos al designio amoroso de Dios que quiere eficazmente para sus hijos e hijas una vida más plena y humana, en santidad y justicia. Esta dimensión profética de la Revisión de Vida que modela la manera de situarse y de ver lo que acontece, se continúa en el momento del juicio y de la acción. Ver la realidad en perspectiva profética dispone a la conversión. Por lo mismo ha de ser una mirada humilde, comprensiva con los demás y consciente de la propia fragilidad. No se trata de convertirse en inquisidores, sino en proclamadores y agentes de vida: **«A fin de que (el malvado) viva»**. Exige, además, verse a sí mismo con hondura y lucidez, implicados en los hechos que se revisan. No vaya uno a hacerse acreedor del reproche de Jesús: **«¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que**



hay en tu ojo?» (Mt. 7, 3). Habrá que comenzar por descubrir y sacar las propias vigas del ojo hipócrita para poder ver con ojo de discípulo.

Mas en la experiencia de discípulo, convertir su mirada para hacerla semejante a la del Maestro, por difícil y exigente que esto resulte, es también fuente de gozo. Ver al Señor, ver a los que Él ama y prefiere, mirar a todos desde los pequeños, asumir el punto de vista de los pobres es ya percibir la presencia del Reino en la historia. Desde allí resuenan para él las palabras de Jesús: «**Dichosos, pues, sus ojos porque ven y sus oídos porque oyen...**» (Mt. 13, 16). Atreverse a mirar la sociedad en su conjunto, sus problemas y sus proyectos esperanzados, desde los más pequeños, es VER al Señor que desde su resurrección invita a reencontrarlo en todas las Galileas de la tierra (cfr. Mt. 28, 7), en todas las regiones y personas despreciadas de la humanidad, desde donde continúa saliendo para anunciar con nuevos signos de solidaridad y de esperanza la Buena Noticia a los pobres.

La práctica de la Revisión de Vida es camino espiritual para convertir los ojos ciegos, hacerlos nuevos y ver las personas, los acontecimientos y los procesos históricos como Dios los ve. Jesús, recogiendo viejas promesas, formulaba su misión mesiánica en términos de «**dar vista a los ciegos**» (Lc. 4, 18), y así los Evangelios refieren algunas curaciones de ciegos. En la Revisión de Vida se prolonga y actualiza esta acción liberadora de Jesús. Nos libra de aquello que impide ver la realidad como ella ve y la quiere, y va haciendo que nuestros ojos sean nuevos. A veces se trata de todo un camino largo de conversión, como la curación del ciego de Betsaida (Mc. 8, 22-26). El relato indica un proceso: primero logra ver de forma confusa, hasta que «**comenzó a ver perfectamente y quedó curado**». Ver perfectamente es mirar la realidad desde la perspectiva del Reino, con los ojos de Jesús, es decir desde una sensibilidad prioritaria por la causa de los insignificantes y postergados de este mundo. Pretender mirar con otros ojos, con «ojo malo», evangélicamente significa volverse ciego. Así lo sentenció Jesús polémicamente frente a los que no supieron aceptar que el mendigo ciego de nacimiento realmente había llegado a ver y a saber quién era el que le había curado: «**He venido a este mundo para un juicio: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos**» (Jn. 9, 39). Ese sería el primer logro espiritual de la Revisión de Vida, que los que no ve-

ían o no querían ver comiencen a ver hasta que logren hacerlo «**perfectamente**».

VER como Jesús, con compasión, implica para la Revisión de Vida algunas actitudes espirituales:

- Ver desde dentro los acontecimientos, sintiéndose implicado en ellos, lo que supone inserción y compromiso, vivir en actitud de encarnación. Sin esta perspectiva el VER de la Revisión de Vida corre el riesgo de convertirse en mero estudio de la realidad.
- Ver con ojos de solidaridad, con corazón. En la novela de J. M. Arguedas *Todas las sangres*, su personaje, Demetrio, indio comunero dotado de sabiduría popular y de conciencia social adquirida en una dura experiencia en las barriadas de Lima, comenta a propósito de Filiberto, también indio de su misma comunidad: «Filiberto mira mejor porque con el corazón mira». Mirar con el corazón, desde la raíz de la solidaridad, hace ver la realidad humana en toda su profundidad, sin quedarse sólo en constatar y explicar. El amor también cambia los ojos y afina la sensibilidad
- Ver desde la perspectiva evangélica de los pobres e insignificantes, lo que orienta la manera de acercarse al conjunto de la realidad, de comprenderla y valorar sus desafíos. Tener ojos para lo pequeño y lo humilde aviva la capacidad de compasión y ternura tan necesarias en un mundo dominado por los intereses y por las interpretaciones impuestas de los influyentes y poderosos.
- Ver con sentido crítico, sin ingenuidad, buscando comprender las raíces personales, sociales, éticas y las repercusiones que se generan, las causas y las consecuencias de los hechos que se revisan. Habrá que tomar en cuenta el aporte de las ciencias humanas y sociales para no engañarse contentándose con explicaciones superficiales.
- Ver en profundidad intentando llegar a las actitudes éticas y espirituales implicadas, de manera que al ser confrontadas con la Palabra del Señor sea posible trazar un camino de auténtica conversión.
- Verse uno a sí mismo como Dios le ve. Dejarse ver por los demás con transparencia y humildad, sin autojustificaciones encubridoras. Esa mirada limpia crea apertura y disponibilidad para afrontar en comunidad el juicio liberador, de perdón y de exigencia nueva, que la Palabra del Señor ofrece.

VER DESDE DENTRO LOS ACONTECIMIENTOS ... CON OJOS DE SOLIDARIDAD, CON CORAZÓN ... DESDE LA PERSPECTIVA EVANGÉLICA DE LOS POBRES E INSIGNIFICANTES ... VER CON SENTIDO CRÍTICO, SIN INGENUIDAD, BUSCANDO COMPRENDER ... EN PROFUNDIDAD... VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS COMO DIOS NOS VE... Y DEJÁNDONOS VER POR LOS DEMÁS CON TRANSPARENCIA Y HUMILDAD

